ANTONIO Y MANUEL MACHADO VISTOS POR SU HERMANO JOSE

EL año pasado conmemoró el mundo literario los cien años del nacimiento de Manuel Machado. Este, ha de conmemorar los del nacimiento de su hermano Antonio.

Los dos poetas estuvieron siempre unidos por un fuerte y hondo amor fraternal, pero fueron además, como los Quintero, coautores de obras teatrales. Fue en este género del teatro donde ambos vertieron a raudales lo que podemos llamar su andalucismo, y donde por otra parte fundieron muchas de sus concepciones de la vida y de los hombres. Crear caracteres teatrales obliga a la fusión y a la unificación de puntos de vista y de ideas fundamentales sobre el ser humano.

Para conocer a fondo la trayectoria total de los dos poetas, hay un testimonio excepcional: el escrito por José, hermano de los poetas, y artista del pincel él mismo. Con la mayor modestia del mundo, José Machado escribió sus recuerdos sobre sus magníficos hermanos en un libro titulado «Ultimas soledades del poeta Antonio Machado». Es un libro admirable, pero poco difundido. Por eso nos permitimos seleccionar de él unas páginas que nos parecen esenciales para contribuir al conocimiento de la relación fraternal de Manuel y de Antonio, pero particularmente al conocimiento de la intimidad de Antonio Machado, que es el centro fundamental del libro escrito por su hermano José.

La nota preliminar de «Ultimas soledades del poeta Antonio Machado» dice:

«Las anotaciones que constituyen este trabajo las escribí en Santiago de Chile, el año 1940. Desde entonces han estado guardadas, esperando que algún día podría consultarlas con mi hermano Manuel.

Desgraciadamente, su muerte ocurrida el 19 de enero de 1947, ha desvanecido, ya para siempre, este propósito. Ese lamentable suceso ha impedido que estas impresiones íntimas salgan a la luz sin su control tan necesario como deseado, ya que al no haber escrito yo jamás una sola línea, ni en prosa ni en verso (mi camino ha sido la pintura), me hace en este caso el héroe por fuerza. No obstante me atrevo a hacerlo, pensando que es casi un deber moral el que tengo de que, al menos por mi parte, se rinda el culto que la verdad merece, al dar a conocer las últimas soledades del poeta.

¡Ojalá que, en justa compensación de estos deshilvanados renglones, se hallen entre los papeles del otro gran poeta y hermano, Manuel, algo escrito sobre Antonio, que complemente este modesto trabajo!

Por la honda y fraterna compenetración que nos unió toda la vida, esta memoria alcanzaría tan alto grado de interés que, de no haberlo hecho, habría dejado para siempre un vacío que ya nada ni nadie podría llenar.

Para concluir esta nota preliminar, sólo me resta añadir que los apuntes que comprenden esta obra, van tal como los escribí el año 1940, en memoria de Antonio y dedicados a mi esposa y a mis hijas.— José Machado.»

Y las páginas que seleccionamos son las siguientes:

LA SALA FAMILIAR

Recuerdo aquellos tiempos del modernismo en que por la vieja sala familiar desfilaban día y noche para visitar a Antonio y Manuel, un sinnúmero de personas más o menos bohemias, algunas interesantes y de raro talento. Pero lo verdaderamente importante es que entre ellas venían algunas veces los verdaderos valores del Modernismo, tales como Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán, Maeztu, capitaneados por Francisco Villaespesa, el fácil poeta que con generoso impulso y febril actividad, tanto se agitó en aquellos tiempos, que casi me atrevería a llamar de «zafarrancho de combate», impeliendo con su cálido entusiasmo a todos sus satélites con los que venía casi a diario a casa.

Para qué decir las acaloradas disputas, discusiones interminables y polémicas que tan frecuentes son entre las gentes de letras. Y mucho más en aquellos momentos en que se proyectaba crear revistas y hacer la elección de los que habían de colaborar en ellas. Pero ¿por qué ha de ir esto... y esto? —gritaba Valle Inclán fuera de sí, no conforme con algunos originales para la revista. Y en seguida se oía la contrarréplica, no menos furibunda.

Eran los tiempos en que se fundó *Electra*, que dirigía Ramiro de Maeztu; la *Revista Ibérica*, de Villaespesa, una de las que llegó a ver la luz, de las infinitas que bullían en la cabeza de este activismo muñidor literario.

Los tiempos también en que se preparaba —digámoslo así— el asalto al poder... literario, echando por tierra a los pobres vejetes y en que se llegaba a veces al insulto personal. Por ejemplo, llamaban a Echegaray los neófitos más inflamados «el viejo idiota». Naturalmente que estos vocingleros no han sido, ni lo serán nunca, ni los mejores ni los más inteligentes, sino los más osados. Los que dan las estocadas en la pared y jamás en el cuerpo, como lo hacen los verdaderos maestros en estos escarceos literarios.

Muy pocos años después y cuando ya se iban asentando los valores, fundaron lo que pomposamente llamaron «La Academia de la Poesía». La verdad es que anteponer la palabra Academia a la Poesía, no parece un gran acierto en la época a que me refiero. Se fundó, en el fondo, como un reto a la «Real Academia de la Lengua», la de los sesudos hombres, por quienes se sentía por aquellos tiempos iconoclastas el mayor desprecio literario.

Naturalmente que se elegían entre ellos mismos los académicos de la Poesía y que entre ellos entraban —mejor diré se colaban— algunos bien mediocres. Pero, hay que reconocerlo, estos fueron en realidad los verdaderos muñidores de esta nueva Corporación y los que dieron los primeros pasos para atraerse el favor de las altas esferas.

Las sesiones preparatorias para poner en práctica esta idea fueron varias y algunas verdaderamente inenarrables. Me acuerdo de una que se verificó en el salón familiar, que debió oírse hasta en la acera de enfrente de nuestra casa.

Esta acalorada y borrascosa sesión terminó muy tarde, saliendo todos completamente descontrolados y en ruidoso pelotón por las escaleras que crujieron más de la cuenta. Habían decidido continuarla en el café más próximo. El tumultuoso ruido de voces acabó extinguiéndose en la calle, poco a poco.

* * *

Momentos después quedaba la sala solitaria y silenciosa, pero en el más completo desorden de mesas y sillas. El suelo estaba tan lleno de colillas de cigarros, que hizo preciso la intervención de la pobre doméstica; ésta, escoba en mano, comenzó a barrer, pero no sin que tuviera antes la precaución, para no asfixiarse, de abrir de par en par los balcones para que saliese el humo de los cigarrillos, que invadía toda la habitación. Este humo, que ya en más de una ocasión había llegado a producir cierta alarma en el vecindario.

En esta misma estancia familiar asaltada, digámoslo así, por los modernistas, era en la que Antonio, muchas horas después y, en el silencio de la noche, escribía su composición «El viajero» y Manuel, el otro único poeta que le igualaba, escribió «Castilla», a la que el gran Unamuno dedicó una plana entera en el periódico de la noche *El Heraldo de Madrid*.

A estas horas ¿quién habitará aquella casa, que acude a mi memoria como si la estuviese viendo?

DE SU AMPLIA COMPRENSION

Fue benévolo y conciliador. Su bondad —en el más alto grado— alcanzó siempre a todo y a todos de una manera ejemplar.

Pensaba en la sin razón de las razones, que excluyen totalmente las que el prójimo pueda tener; que esta lamentable omisión era el resultado de jalearse a sí mismo, con la no muy cuerda pretensión de creer estar en el secreto de todo. Y no oyendo más que la propia voz —y ésta pujante— no se escuchaba la de los demás, llegándose a la conclusión, ligeramente jactanciosa, de que el mundo empieza y acaba en uno mismo. Que, por lo demás, el pensamiento fijo sobre uno solo de los aspectos que representan las cuestiones, era de una tal pobreza mental, que no valía la pena de que la naturaleza hubiese labrado tantos caminitos en la nuez del cerebro, para que luego actuase como si estuviera vacío.

No fue, por lo tanto, unilateral en el pensar y estaba en todo momento inclinado a la máxima comprensión.

Buena prueba de ello es su obra. Sin embargo, esto no fue nunca motivo para que diese, por demasiada tolerancia, la razón al que no la tuviese.

Afirmaba, que sin simpatía hacia lo humano que hay en el prójimo, se era injusto en la mayoría de los casos. Esta compleja amplitud comprensiva, que mejor llamaríamos piadosa inteligencia, es expresada por él cuando dice:

«Y fue comprensivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado
para el sanguinario azor.»

DE SU GENEROSIDAD CON LA JUVENTUD

Su generosidad no tenía límites. Siempre que se le acercó alguien si podía, le ayudaba.

Pero hacía el bien sin darle la menor importancia, no sólo en el terreno material, sino en el espiritual, interesándose además, en favorecer las propias actividades de los que le visitaban. Así, en muchas ocasiones, escribió sobre algunos jóvenes escritores que le pidieron que se ocupase de sus obras.

Claro que, en todo tiempo, tuvo el más grande cariño a la juventud, de cuyo generoso arrojo esperaba las más grandes cosas. Por eso leyó con la mayor simpatía los libros de los jóvenes. Naturalmente que cuando las producciones que le llevaban no alcanzaban la altura que a su juicio fuera de desear, procuraba salvarlas, presentándolas no como eran sino como debían haber sido.

Por eso en su gran bondad y comprensión, lo que le producía en el fondo más pena, era que los intentos no llegaran a realizaciones perfectas. Pero nadie gozaba más que él cuando podía alabar las obras plenamente conseguidas. Para lo cual recomendaba:

«Despacito y buena letra
que el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.»

LA LETRA DEL POETA

El haber puesto en limpio para la imprenta una gran parte de lo que escribió el poeta, me permite hablar sobre este tema con pleno conocimiento de causa.

Tenía, en general, una letra bastante pequeñita, como la de nuestro padre. A medida que avanzaba en las cuartillas, se hacía cada vez más diminuta y enrevesada, hasta el punto que, a veces, a él mismo le era difícil entender lo que había escrito. Como además sus borradores estaban llenos de tachones y de interlineados, no dejaba de ofrecer serias dificultades el hacer copias.

Pero lo más curioso era que, cuando quería, sacaba a relucir una letra inglesa bastante clara. Esto lo hacía solamente cuando los sobres de sus cartas, y sobre todo si se trataba de escribir una cuartilla autógrafa para ser reproducida. También, en el caso en que tuviera que enviar directamente a la imprenta lo escrito por él. Entonces se esforzaba en hacer verdaderas filigranas de claridad en relación con su letra usual.

Realmente, realizaba el milagro de escribir claro, con letra turbia, al revés de los que escriben turbio con letra clara.

SOBRE LA MEDIDA DEL ESFUERZO

Cuando se proponía algo de gran interés —y casi puede decirse que era todo lo que emprendía— realizaba un esfuerzo que superase, lo más posible, al propósito.

Ponía como ejemplo que para saltar un metro había que llevar el impulso como para saltar diez, y aún así no confiarse... demasiado.

DEL PROBLEMA DE RESOLVER LA VIDA

Con la clarividencia que le acompañó toda su vida, se planteó la solución de su problema económico de la manera más eficaz posible. Decidió optar a cátedras de Lengua Francesa, la que ya conocía bastante bien. Las ganó y eligio Soria, pudiendo haber elegido como buen andaluz Baeza. Pero esta decisión merece otro pequeño comentario.

MOTIVO DE ESTA PREFERENCIA

Esta preferencia, que tan beneficiosa ha sido para su obra, fue motivada —así lo dijo— por la machaconería de un andalucismo en el teatro, que le era inaguantable. El de esas obras ligeritas, según la crítica, que a él le parecían de plomo. Bien se comprende en él que, andando el tiempo, sería uno de los autores de *La Lola se va a los Puertos*. Obra inigualada por ser el exponente de la verdadera Andalucía.

Claro que esto no lo pueden alcanzar más que los que a su destreza de grandes comediógrafos añaden la visión depuradora del poeta, cualidad única que llega a dar lo esencial definitivo de las cosas. Tal ocurre en *La Lola se va a los Puertos*, pero de esto como de otras muchas cuestiones se ocupará el crítico que, a fin de cuentas, es el mejor: el tiempo.

DE SU VIDA EN PROVINCIAS

Como profesor fue un gran cumplidor en sus clases; nunca faltaba a ellas. Solamente venía a la Villa y Corte, en las vacaciones reglamentarias. Claro que jamás se pasó el verano en provincias, pues apenas se acababa el curso, regresaba a Madrid.

Por sus excepcionales facultades, no fue absorbido por la provincia, de la que no se le pegó en ningún momento ese aire provinciano, que muchos no pierden en toda su vida. En cambio, aprovechó bien su tiempo en ellas.

Solamente un hombre como él, tan amante de la naturaleza y que dedicaba todo el tiempo que podía a sus paseos por el campo, y que tenía una vida interior tan rica e intensa, podía reaccionar contra la vida provinciana, tan pobre y rutinaria. Y así, lo que para otros hubiera sido acaso fatal, él lo convirtió en provecho de su obra.

En su famoso libro *Campos de Castilla* —que por cierto escribió en París, en parte— se ve claramente el gran influjo de la tierra castellana vivida por él.

Se compenetró de tal modo con el alma de estas tierras, que llega un momento en que, sorprendido, se pregunta: «me habéis llegado al alma ¿o acaso estabais en el fondo de ella?»

Así los paisajes de estas regiones, que describe con mano maestra, han llegado a gozar por su firmeza del milagro de reflejarse en un espejo vivo: el poeta. Y, en este espejo, quedarán ya vibrando en el tiempo. Ese tiempo, que ya no veremos nosotros.

UNA PREFERENCIA

En la sección de «Proverbios y Cantares», hay unos versos que parecen ser evidentemente preferidos por Antonio, para copiarlos en los álbumes de las señoritas, de que no podía zafarse. Dicen así:

«Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?
El vacío es más bien en la cabeza.»

A pesar de que las pedigüeñas coleccionistas de autógrafos hubieran deseado asomarse más bien al lisonjero espejo de alabanzas dirigidas a ellas, reían de buena gana lo de: «el vacío es más bien en la cabeza». No lo hicieran tan inocentemente si hubiesen escuchado de los propios labios del poeta, las consideraciones que con motivo del feminismo hacía, con respecto a la capacidad más o menos intelectual de la mujer: «Desengáñate —decía— la mujer que logre alcanzar la más clara inteligencia, nunca llegará a la del hombre más carente de ella». «Me dirás que hay excepciones. Ciertamente, pero éstas no hacen más que confirmar la regla. Claro, proseguía, que podrían consolarse pensando todas y cada una, en que son esa excepción. Así todo se arreglaría, todo menos... el vacío que quedaría siempre, en el mismo lugar.»

A mí, como fiel cronista, sólo me cumple la estricta transcripción de este criterio que, por lo demás, puede verse confirmado en más de una ocasión, a lo largo de la obra del poeta.

SOBRE LOS BAUTIZOS

Comentaba el poeta esta bella y simbólica ceremonia, diciendo lo serio que se tomaba el clero la categoría a que pertenecía el niño y sobre todo, la situación económica de los padres.

Y así decía, con su acostumbrado humorismo —tan lleno de gracia— que había tres categorías para verificar el solemne acto.

Primera clase: Bautismo, para los hijos de las gentes bien, y al decir esto claro es que se pensaba en las gentes acaudaladas, ya que este requisito, mal puede darse en la prole de un destripaterrones. En la ceremonia para estos bienaventurados, se repicaban todas las campanas disponibles de la iglesia en que se celebraba el acto, adornándose, además, con flores y luces. El señor cura lucía lo mejorcito del cofre, cubriéndose con dos o más capas de lujo, bordadas en oro. Algo verdaderamente bello y

pomposo. El agua empleada era tibia, y, en lo posible, de la más limpia; la sal de primera.

Después venían las aguas bautismales de segunda clase, digámoslo así.

Entonces se suprimía el repique general de campanas, así como las flores y las velas estaban ya algo gastadas. El oficiante llevaba una capa menos y ésta algo deslustrada. Lo que se dice una capa más modesta. Seguía después el de tercera clase, en el que el cura simplificaba su indumentaria: sotana algo raída, rostro afeitado de dos o más días. Y la cuarta categoría: un bautizo ya... sin agua. O en el que, acaso, el el buen párroco mojaría suavemente sus dedos en una salivita, para no hacerlo completamente en seco. Claro está que todo esto lo decía sin ánimo de molestar a nadie y en broma.

¿CLASICO O ROMANTICO?

Muchas veces le oí decir a este poeta, que la emoción lo era todo en el arte. Tan esencial es, añadía, que sin ella no se produce nada que valga la pena, ya que lo abstracto y puramente cerebral no tiene el menor interés ni tiene nada que hacer, en la verdadera poesía. Son cubiletes más o menos ingeniosos, que no me interesan, ni creo que interesen a nadie más que a los que los hacen. Así hablaba un poeta que lograba poner siempre la más honda emoción en todo cuanto escribía. Todo corazón dirán algunos. Todo cabeza insinuarán otros, acaso, con más honda visión.

Efectivamente, su inteligencia parece estar en una constante alerta para evitar los desmanes de la libre emoción, conduciéndola así hasta un límite, pasado el cual ésta se desbordaba. Y es así, sofrenada, como nos llega esta emoción contenida, a la que es en vano querer sustraerse. Yo he visto, más de una vez, asomar las lágrimas en los ojos de Manuel al leer las composiciones de su hermano y decirme después: «No sé qué tienen los versos de Antonio, que tengo que hacer un gran esfuerzo para dominarme, cuando los leo.»

Esta emotividad tan grande solamente parece darse en el caso de poetas como Antonio, en que la mente se adueña de un hondo sentir, para conseguir llevarlo sabiamente graduado, hasta donde se quiere. Así, en este excepcional poeta, parece darse y se da en todo momento, esta supremacía de su inteligencia, que rige siempre las emociones de su corazón. Por esta suprema cualidad es —a mi entender— clásico y romántico a la vez. Pero sobre esto... doctores tiene la iglesia... que podrán desarrollar el tema de una manera más alta. Yo no hago aquí más que consignarlo.

LA TECNICA

A los que le hablaban con entusiasmo de las excelencias de la técnica en las obras, les decía que sonaba mejor las técnicas, en plural, ya que cada motivo requiere la suya. De otro modo, una técnica generalizada significaba un insoportable amaneramiento.

Y así, añadía, que el molde que de cada tema resultase, había que romperlo y tirarlo inmediatamente, pues no debía servir más que para una sola vez. Esta manera de pensar y de hacer se aprecia más bien a lo largo de toda su obra y, de singular manera, en su teatro.

Rara y admirable condición, que hace que el teatro de Manuel y Antonio no se parezca al de los demás. Condición que por cierto no fue captada por la crítica oficial. Claro que de la crítica, decía Manuel y respaldaba Antonio, que: hablaba siempre *antes* de haberse enterado y *después* de no haberse enterado.» Hagamos excepción, claro está, de los artículos de Joaquín Aznar, director de *La libertad*, Madrid.

Estos son perfectos de forma y fondo, y sobre todo de estar enterado. Pero... todo hay que decirlo —este señor no era crítico de oficio—.

PRETENSION USURARIA

En las repetidas veces que se ponía a escribir, mientras yo hacía los estudios para hacer su retrato, pude observar cómo trabajaba. Algunos momentos se inclinaba sobre el papel para anotar algo. Después se quedaba absorto y como mirando a una lejanía que no fuera ya de este mundo. Entonces sólo su presencia corporal, podía hacer creer que se hallaba allí. Tan enfrascado estaba en su pensamiento. Después volvía a escribir añadiendo nuevos renglones a los escritos anteriormente, y levantaba la cuartilla a la altura de los ojos, mientras en sus labios se percibía ese movimiento en que la voz suena. Una especie de rezo, en que se leía asimismo lo que iba escribiendo.

Casi se podría decir que se le veía pensar. Pero esta labor mental para conseguir ligar el pensamiento en su totalidad era en él de una intensidad tan dolorosa y agotadora, como puede ser la venida de un nuevo ser al mundo.

El proceso de este fluir, más bien creo que se parece al silencioso pero constante crecimiento de las plantas, realizado por una fuerza creadora que, no por ser invisible, deja de ser menos viva. Si la rosa es el milagro del rosal, la verdadera poesía es el milagro realizado por el poeta. Con la diferencia que los rosales son mucho más numerosos que los grandes poetas.

El constante reinar de Antonio en lo que iba escribiendo parece explicar el musitar que tantas veces agitaba sus labios. En esos momentos no le faltaba más que la aureola para parecer un santo rezando.

Pero ahora —aunque cambiando de tema— no quiero terminar esta nota sin que le oigamos algo tan interesante —como todo lo suyo— sobre problemas ya de este bajo mundo.

Se comentaba algunas veces lo injusto, triste y abrumador que era para todo artista, no llegar nunca a cotizar bien sus trabajos, como acontecía en otros profesionales. A esto contestaba —entre benévolo y zumbón— que si al artista además de su vida espiritual y de las satisfacciones que ésta procura y hasta el regodeo de gozarse una y otra vez en su propia obra, le diesen, además, dinero... esto sería ya demasiado, y que, desde luego, era una pretensión usuraria pensarlo. Para ganar dinero decía: se venden garbanzos. Todos callamos.

UNA TENDENCIA

Una nota curiosa, común a los dos poetas Manuel y Antonio, se dio en su primera juventud. Sus amigos eran por lo general, de mucho más edad que ellos. Claro que esto se daba naturalmente y sin buscarlo.

Fue un fenómeno del que ellos no se dieron cuenta hasta mucho tiempo después.

Acaso encontraban más interesante a estas personas, porque la inteligencia suele mejorarse con los años y ejerce un mayor influjo en la juventud, ávida de saber.

SU CONSTANTE TRABAJO

Ni aún en las condiciones menos propicias dejaba de trabajar. Cuando las circunstancias de la vida le impedían ocuparse de su labor, bien fuera durante el día o hasta horas avanzadas de la noche, jamás dejó de trabajar cuando regresaba a casa.

Si era en la noche, en vez de apagar su lámpara para dormir, la encendía para entregarse a sus desvelos.

Y así se pasaba escribiendo, borrando, inclinado sobre sus cuartillas, hasta esa hora indecisa en que la luz del alba se diría que empieza a hacer sombra a la de la noche.

En la casa de Madrid (General Arrando, 4), cuando llegaba ese momento en que el trasnochador se cruzaba con el que madruga, siempre se hubiera podido observar, desde la acera de enfrente, un balcón iluminado: el del poeta.

Por encima de todo género de preocupaciones y de vicisitudes, nunca dejó de encontrar unas horas para su soledad.

«¡Ah soledad, mi sola compañía»

. . . . . .

Nada ni nadie impediría el cumplimiento de esta norma de toda su vida. Y mientras la mayoría de los mortales dormíamos, él velaba con la pluma en la mano, en un perpetuo y fecundo alerta espiritual. Y de este sueño en *vela*, lo despertaban las campanas del alba:

«Me despertarán
campanas del alba
que sonando están.»

SU AFICION A LOS LIBROS

Tuvo desde la infancia una extraordinaria afición a la lectura, hasta el punto de que iba a la Biblioteca Nacional todos los días. Allí se pasaba enfrascado en la lectura horas y horas, prefiriéndola a todo género de distracciones más en consonancia con su edad.

Esta afición naciente adquirió con el tiempo tal desarrollo, que todo le parecía poco para gastárselo en los libros. Y, en la medida de sus recursos económicos, iba adquiriendo los más que podía.

Todos ellos conservaban las huellas de haber sido leídos y releídos.

Pero nadie más lejos de un pulcro coleccionista. En su impaciencia por leer los que acababa de adquirir, llegaba hasta abrirlos con las manos, renegando de que se vendiesen sin guillotinar.

Sus estantes estaban tan recargados de libros que, más de una vez, las pobres tablas se hundieron bajo su peso. A lo que decía: «no es extraño, la densidad del pensamiento de tanto filósofo es algo serio»...

Pero no sólo los pobres estantes, sino también las mesas, las sillas y hasta el suelo estaban abarrotados de libros.

En este cúmulo de obras las más numerosas eran las de filosofía.

LOS CAFES EN QUE TRABAJABA

Gran aficionado a trabajar en el café, buscaba los más recónditos y solitarios. En ellos se pasaba la mañana escribiendo. Generalmente de once a dos, en que volvía a casa para almorzar.

Claro que tuvo que conocer muchos cafés, ya que como eran tan pocos los parroquianos de estos establecimientos, indefectiblemente tenían que cerrar.

Recuerdo uno que se llamaba «Café de la Esperanza». La esperanza, decía Antonio, de que resultase negocio. Con ella se debió quedar el dueño del café, quien para darle más atracción, había instalado un salón reservado, para parejas amorosas. A este lugar le llamaba el poeta: «El jardín del Amor» pero... con jardín, amor y todo lo demás, una buena mañana, lo encontró cerrado. Y así tantos otros.

SU AFAN A LA PERFECCION

En su afán de perfección en el arte ejerció una implacable y severísima censura, sobre todo cuanto escribió. Y puede asegurarse que jamás quedó satisfecho de lo que lograba realizar. Descontento siempre por todo lo que no había sido, *lo que debía ser*.

Así, al volver la vista atrás en el camino de la vida, dice:

«¡Oh volver a nacer y andar camino,
ya recobrada la perdida senda.»

En todo momento, le acompañó este afán de perfección. Nadie más convencido de que el arte no es el reino de las intenciones, sino el de las plenas realizaciones.

SU ESTOICISMO ANTE EL SUFRIMIENTO

Soportaba los dolores físicos como pocas personas. Toda molestia que en cualquier otro hubiera sido mal tolerada, él la sobrellevaba con un estoicismo asombroso. Con un dominio de sí mismo, nunca molestó a nadie con sus sufrimientos. Cuando llegó la hora de su muerte, no obstante darse cuenta, la esperó impávido y resignado.

SU VIDA INTERIOR

Su vida estuvo siempre consagrada por completo a darle forma a sus íntimos pensamientos para lograr sacarlos a la luz. Todo lo demás se borraba. Ni los sufrimientos materiales, motivados por su mala salud, llegaron a preocuparle cuando estaba sumido en sus abstracciones. Y es que se daba por entero con la generosidad del que no guarda nada para sí. Pero esto os lo va a decir, de modo insuperable, el más querido de sus hermanos en aquellos magníficos versos tan aplicables en este momento, que escribió antaño:

«Y es que él se daba a perder,
como muchos a ganar.
Y su vida,
por la falta de querer
y sobra de regalar,
fue perdida.»

Efectivamente que «... *él se daba a perder como muchos a ganar*» con una generosidad tan sin límites, cuando estaba absorto en sus pensamientos, que no se ocupaba ni le interesaban lo más mínimo las cosas que le rodeaban. Borrándose por completo eso que la mayoría de las gentes —con seguridad aplastante— llaman realidad. Ni siquiera la que pudiera perjudicar directamente su salud. Y así lo recuerdo ahora, cuando al retornar a casa —a veces en horas muy altas de la noche— azotada la cara y revuelto el cabello por el soplo frío del Guadarrama, caminando tan absorto y ensimismado, que nadie se atrevía a romper

tan imponente silencio, temeroso de quebrar el hilo de una vida encantada.

No obstante podría haber tenido para él muy serias consecuencias caminar así en aquellas noches invernales de Madrid, en que soplaba un *gris* del que se dice que «mata a un hombre y no apaga un candil». Pero la voz que le hablaba interiormente dominaba, de tal modo su siempre atormentado espíritu, que ponía en olvido absoluto todo lo demás. Con el cuerpo inclinado hacia adelante y la mano diestra apoyada en el bastón, mientras con la otra sujetaba el sombrero, presto a volar, caminaba insensible, indiferente: «*solo como un fantasma*».

En estos momentos tan frecuentes en él, y que los espiritistas acaso llamarían estado de *trance*, no se le podía hablar de nada y había que esperar a que pasaran. Y así gastaba su vida, que fluía generosa, para que los demás ganasen luego estas emociones, imborrables ya de sus poesías.

Acaso parezca a algunos exagerados los honores y consagraciones que estos hombres alcanzan. Pero en el fondo damos a nada a... cambio de todo.

EL OTRO POETA

Manuel sintió por la obra de Antonio, una tan grande y noble admiración, que no creo haya sido superada por nadie. Nada le satisfacía tanto como los éxitos de su hermano.

La vida de estos dos poetas estuvo siempre tan ligada, que uno de los principales motivos que aceleraron la muerte de Antonio fue la inevitable y forzosa ausencia de Manuel.

En cuanto a la obra poética de ambos —en la lírica y en el teatro— día llegará en que los que la estudien a fondo se encuentren, acaso sorprendidos, con las raíces de un mismo árbol, no obstante parecer tan distintos en apariencia.

Con relación al valor de la labor literaria de cada uno —si ésta fuera posible— pensamos que pronto veríamos detenerse en el fiel la balanza. Y siendo esto verdad como lo es, no admitirán esta aseveración, ni los admiradores de uno ni los del otro, esto es lo español, pero...

* * *

Procuraré someramente plantear la valoración, a mi juicio, de los dos poetas. Ambos son sevillanos y han abierto sus ojos a una luz que más que iluminar, taladra las cosas. La diferencia de edad es casi nula. Manuel no le lleva a Antonio más que un año y pocos meses. El influjo familiar es idéntico en su niñez y el de la educación primera brota también de una misma fuente: «La Institución Libre de Enseñanza». Allá han ido juntos los dos hermanos. El primer ambiente de su infancia, como se ve, es el de Sevilla. A éste sucede el de Madrid, en el que al fin se desarrollarán sus vidas.

El cariño entrañable de estos hermanos y su conjunto amor a la poesía, los une en el transcurso de la existencia. Desde un principio se les vio siempre juntos.

El ambiente de la vida externa, con todas sus complejidades, irá definiendo no obstante las afinidades y diferencias entre ellos. Manuel irrumpió en la vida que sucede a los primeros años, con decisión, resuelto y voluntarioso. Y con sus singulares dotes de adaptación le hizo frente. Antonio, irresoluto y retraído, pero llevando en el fondo de su aparente timidez una voluntad mucho mayor que la de su hermano, le siguió en ella. Aunque para eso tuviese que hacer, en algunas ocasiones, uso de su gran paciencia e infinita bondad.

Esto sucedía en los tiempos de su bohemia. Esta parte de la vida, nada muelle por cierto, fue la que les hizo buscar al fin y un poco a deshora, la solución definitiva al problema económico. Claro que el conocimiento del desgarro de la vida en su crudeza y el de muchas existencias truncadas que se sostenían de milagro, sirvió para ellos de una verdadera escuela del saber vital. A ella les llevó una parte de curiosa ansiedad de conocer el fondo con ese romanticismo que suele ser incurable en los poetas.

El romanticismo que acompañaba esta posición, que a tantos ha costado la vida, es al fin el origen, la materia prima, digámoslo así, sin la cual no existiría el clasicismo clasificador y ordenador del mismo. Naturalmente que la vida vivida, al fin dejará un sedimento de tristeza y de inevitable escepticismo del que hay que lograr librarse para seguir viviendo. La tristeza del vivir la expresó Manuel diciendo:

«Ya mis ojos se han manchado
con la vista de lo feo.
No creía y ahora creo
en todo y en algo más...»

En Antonio el recuerdo de:

«... algunos casos que recordar no quiero».

Vaya esto como un ejemplo condensado de la actuación de este otro ambiente que influyó en ambos poderosamente. Aunque en Antonio con una más profunda huella de angustia.

Voy a referirme brevemente ahora, a un tema que se ha prestado a largos comentarios y discusiones, al considerar las afinidades y diferencias entre los dos poetas.

Empezaré por el «Retrato» de Antonio, poema que aparece publicado en 1912, en su tercer libro titulado *Campos de Castilla*, retrato que es el primero y el único. Es, como puede apreciar el que lo lea, o lo haya leído, algo fundamental, definitivo y transcendente. Tan fundamental que allí está la quinta esencia de toda su personalidad psicológica.

Su niñez sevillana; su juventud en Castilla; su alusión a una bohemia obligada hasta cierto punto por la vida; su absoluta falta de presunción «*ya conocéis mi torpe aliño indumentario*»; su claro concepto de las mujeres; su política en el más alto concepto de la libertad, pero sin estridencias; la busca de un manantial sereno para su poesía; el concepto de los «*grillos que cantan a la luna*» de aquella época y por extensión de todas en que se para a distinguir: «*las voces de los ecos*»; su pregunta de: ¿soy clásico o romántico? seguro, en el fondo de ser ambas cosas; pero creo que lo más suyo, lo más transcendente que le acompañó siempre y que dará el sello inconfundible a toda su obra, o lo que es lo mismo, a toda su vida, está sintetizada en esta confesión:

«Converso con el hombre que siempre va conmigo
quien habla solo espera hablar a Dios un día.

Después de esto asoma un cierto orgullo desdeñoso, que le hace decir:

«Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.»

Y finalmente, uno de los rasgos más fundamentales del poeta: la profecía del final de su vida, escrita veintitantos años antes de su muerte. De esta manera tan certera y rotunda, nos deja su retrato hecho de una sola vez y para siempre.

Veamos ahora cómo Manuel hace el suyo, admirable también. Pero, a diferencia de Antonio, lo hace en tres etapas de su vida. La primera es en su libro *Alma* —primero que escribió— en donde aparece al frente y bajo el nombre de «Adelfos», composición fechada en París, en 1898.

Constituye una admirable poesía, de las que muchas gentes recuerdan trozos y en la que están pintados también (como en su hermano) rasgos intransferibles de su personalidad.

La empieza diciendo:

«Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron
—soy de la raza mora, vieja amiga del sol—
que todo lo ganaron y todo lo perdieron
tengo el alma de nardo del árabe español.
. . . . . .
Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...»

Luego vienen versos que muestran su escepticismo sobre la vida que a última hora lo llevará arrastrado a donde quiera.

«. . . . . .
¡Que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino a elegir!»

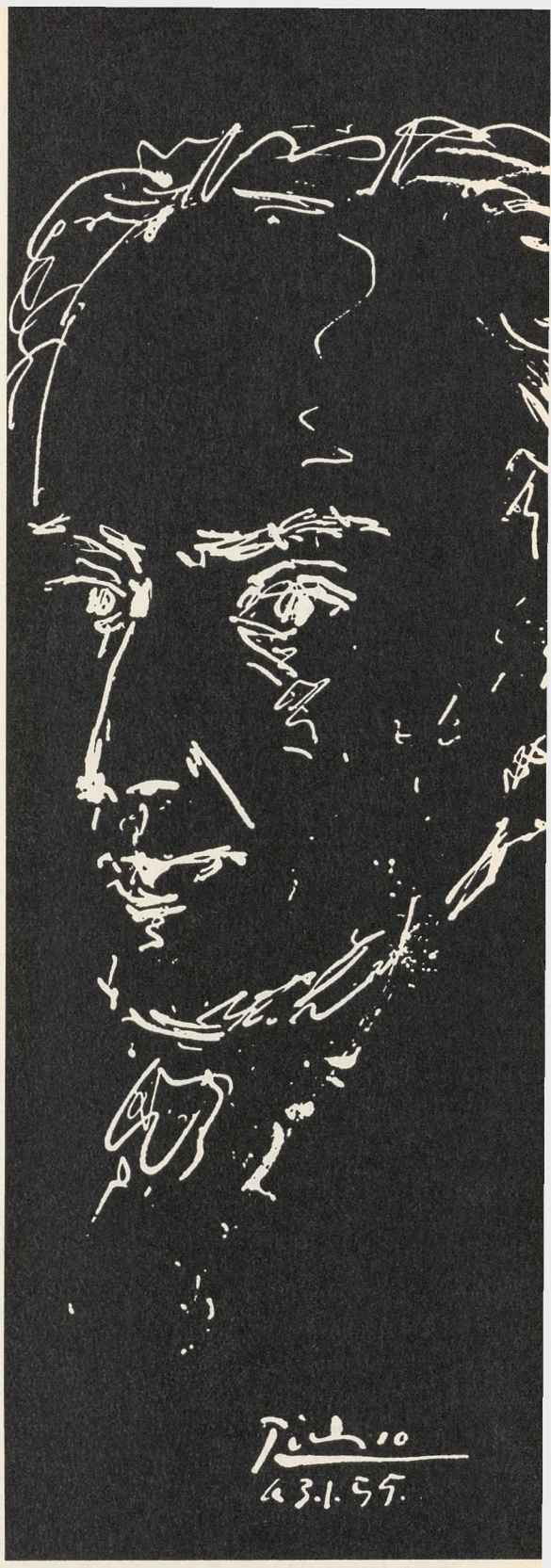
Y ahora veamos la coincidencia que aparece en los retratos de ambos poetas: el orgullo y la altivez, que en Manuel se explaya con mayor fuerza cuando dice:

«Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con dejarme lo que hago por vosotros hacer podéis por mí...»

No hay que olvidar, sin embargo, que Manuel antecede en la expresión de este rasgo, ya que los versos que copiamos de éste, están escritos en 1898 y *Campos de Castilla*, en 1912. En este rasgo constaba ya algo característico en ambos poetas, y me hacen recordar aquello que Antonio dijo en algunos momentos de mal humor: «que la humanidad no valía, en general, lo que había costado bautizarla».

Diré volviendo a la poesía que comento, que sin dejar de señalar un aspecto muy verdadero y característico de Manuel, éste, ante la vida que se vive, no se dejaba llevar por ningún *oleaje* y solía imponerse en ella con su gran energía de carácter. Felizmente para él, porque al fin pensaba que: «una cosa es la poesía» y otra el mundo en que vivimos.

Al publicarse *Alma* su primer libro, ya se advierten con sorpresa estas cualidades definitivas tan características en el poeta, que son:



ANTONIO Y MANUEL MACHADO VISTOS POR SU HERMANO JOSE

«*La agilidad, la gracia, el tino y la destreza*» que la acompañaron hasta el fin de sus días. Y así nos asombra el verle caer, tan de improviso, de un salto funambulesco con esa agilidad propia del Pierrot de que nos habla en su segundo libro: *Caprichos*. Consideremos la finura y la elegancia exquisita de sus miniaturas: «Versailles», por ejemplo, insuperable en su género, en la que se muestra una tan completa y profunda asimilación, que parece que es muy difícil que pueda ser igualada, porque la intuición del poeta —de un verdadero poeta como éste— ondeará sobre todo. Apreciemos esta característica suya en «Versailles»:

«Cogí una hoja seca
del parque,
y entré en el Trianón
con ella en la mano;
la hoja
de verde vistió.

¡Los Reyes, los Reyes!
gritaron mil voces;
sonaron los ecos
de marcha real,
y las alabardas, el sueño tocaron.
¡Los Reyes! Luis con su Corte
surgió en el umbral.

Luis, Sol, Rey. Triunfantes
sus ojos tendieron la noble mirada
a todas sus gentes:
los nobles valientes,
las damas galantes,
los inteligentes
y los elegantes...
Pelucas rizadas...
Copian cornucopias
gracias exquisitas;
y las damiselas
y las princesitas
platican de amores,
de intrigas de amor,
cuando las envuelve
la ola de galanes
y entre brocateles y rondas y holanes
pasan y se alejan
sonido y color.

Y los discreteos
apaga el rumor
la hora tranquila de los camafeos.
Galanes y damas
se hablan al oído;
lágrimas sin causa,
suspiro perdido...
elegante pena, galante dolor.

El cielo, en celajes
cortado, parece de encajes...
y el sol que se acuesta en la porcelana
de unas nubes grana,
galán, a la luna
el campo cedió.»

Y esas «Figulinas» que no se pueden comparar más que (con las diferencias del lugar y tiempo) con las deliciosas «Tanagras» griegas. El verdadero mundo encantado de las Miniaturas, insuperable poema en que esos amores miniados alcanzan el encanto de la condensación en los colores que los reflejan y que sólo pueden ser comparables al que brilla en las irisadas pompas de jabón. Luego también dejará una huella de imborrable acierto en su composición titulada «Fin de siglo». Este siglo dieciocho que define con su maestría acostumbrada:

. . . . . .

«Galante enciclopedista
que pintó las miniaturas
e inventó la guillotina.»

Esta guillotina en que vinieron a dar todas estas princesitas y damiselas de aquel mundo encantado. Mundo encantado que sólo se tolera en los *Cuentos de las Hadas*. Ya que hasta ahora, al menos que yo sepa, no se han fabricado guillotinas que logren alcanzarlo.

Pero veamos en seguida en otro salto verdaderamente funambulesco, de Francia a España, algo españolísimo y eterno de la estepa castellana. Me refiero a esa famosa composición titulada «*Castilla*» que ya se sabe de memoria medio mundo, en espera de que se la sepa el otro medio.

Hay que pensar que esta descripción tan emocionada de la desolada estepa castellana, sólo el autor de *Campos de Castilla*, años después, logra igualarla y continuarla con más amplitud. Lo terriblemente dramático y definitivo de estas tierras desoladas que pisa el legendario Cid Campeador, está pintado por Manuel con mano maestra. Como su hermano lo hace: lo de dentro con la agobiante, en este caso, realidad de fuera.

«*Quema el sol, el aire abrasa.*»

La hora a que, el propio Cid y los suyos, no pueden hacer frente y buscan refugio.

«El ciego sol, la sed y la fatiga.
por la terrible estepa castellana
al destierro con doce de los suyos
polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga»

y que vuelven a proseguir su destierro caminando por la calcinada llanura, bajo el nuevo impulso del milagro que ha realizado una niña:

«*toda ojos azules; y en sus ojos lágrimas.*»

Ninguna hazaña del Cid alcanzará la sublime belleza de esta retirada.

Añadiré este otro aspecto tan diferente del anterior que viene a demostrar, una vez más, la innata facilidad en él y el tino y la destreza con que sabe adaptarse a los más variados temas poéticos. Me refiero a ese inigualado soneto: El Retrato de Felipe IV, con la decadencia de la Casa de Austria pintada en su casa, que en vano quieren encubrir las enhiestas puntas de su lacio bigote rubio. Y también mencionaré la tajante semblanza del tiempo de los Médicis, que hace de: «Oliveretto de Fermo». Releyendo estas poesías y otras muchas más de diversos temas, comprenderemos bien por qué Antonio, que tan profundamente penetraba en el fondo de todo, me llegó a decir:

—Manuel es un inmenso poeta; pero para mí, el verdadero, el insuperable, no es como la generalidad que la gente cree, el de los cantares, sino el de todo lo demás. El de *Alma*, *Caprichos*, *El mal poema*, etc.

Consideremos nuevamente los graves y puros acentos de españolidad de Antonio en su poema «Alvargonzález», en el que ha buscado y conseguido un valor equivalente al que alcanza el pueblo, y veremos que no deja nunca de conservar el fondo característico e imborrable suyo; hasta el punto de que nunca se fundirá con nada ni con nadie. En Manuel, en cambio, la fusión es absoluta.

* * *

Volviendo a Manuel, creo oportuno destacar ese poema tan español que se titula «La fiesta nacional», y que es único en su género, como todos lo saben. Las corridas de toros están captadas tan a lo vivo y sin que llegue a perderse un ápice de su esplendor —todo hay que decirlo— ni de su barbarie, que es muy difícil que se pueda superar; ni este dinamismo, ni esta vibrante emoción que bajo un sol abrasador e indiferente, que a todo ilumina por igual; la sangre hirviente que brota a borbotones, y la coagulada y fría que barrerán los *monos sabios* después de la corrida. Anotemos estos versos sobre la suerte de banderillas.

«Agil, solo, alegre
sin perder la línea
—sin más que la gracia
contra de la ira—,
andando,
marcando,
ritmando
un viaje especial de esbeltez y osadía...
llega, cuadra, para,
—los brazos alzando—
y allá por encima
de las astas que buscan el pecho,
las dos banderillas
milagrosamente
clavando... se esquiva
ágil, solo, alegre
¡sin perder la línea!»

Después de esto se comprende que diga humorísticamente «*y antes que un tal poeta, mi deseo primero hubiera sido ser un buen banderillero*».

El *tal poeta, es nada menos que él.*

Pero sobre todo esto hay más, mucho más: lo que ya constituye la fijación absoluta de la descripción de esta fiesta. Son nada más y nada menos que estas palabras imborrables y definitivas:

«*Oro, seda, sangre y sol.*»

Después de esto vamos, para terminarlo, a la segunda etapa de su empezado retrato. Esta aparece después de *La fiesta nacional* en un tercer libro titulado *El mal poema* (1909). La primera estrofa del Retrato, empieza así:

«Esta es mi cara y esta es mi alma. Leed:
Unos ojos de hastío y una boca de sed...»

En la segunda estrofa estas palabras tan representativas de él:

«La agilidad, el tino, la gracia, la destreza,
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza...»

Para terminar con la claridad y la gracia en él acostumbradas, con estas últimas palabras de la composición:

«*Es tarde... Voy de prisa por la vida. Y mi risa es alegre, aunque no niego que llevo prisa.*»

Muchos años después, en 1935, en su último libro titulado *Phoenix*, del que recojo yo la última y definitiva etapa del Retrato, que empezó en «Adelfos», en 1898:

«*y me ofrezco de nuevo como fui, como soy y seré finalmente, ayer, mañana, hoy.*»

Citaré también, por una cierta analogía que tienen con Antonio, estos versos en que se habla de la partida de una nave para un viaje del que no tiene la certeza de volver.

Esta composición que titula «Marina», está entre los *Poemas varios*, 1921, de Manuel. Son los últimos versos de la selección y dicen:

«Y así, la playa al dejar
para donde no se sabe,
ni alegría ni pesar...
y en la estela de mi nave
no hay más que una cosa: el mar.»

Por lo que se refiere a sus cantares *Cante hondo* (1912), sabido es que alcanzó tal grado de asimilación con el pueblo, que se confunden con los del pueblo mismo. Demostrando con esto la más completa identificación, al par que la mayor comprensión de este género popular. No obstante, acaso lo supere Antonio, en el sentido de que conserve a través de todo su personalidad inconfundible. En cuanto al mayor éxito, que en general parece alcanzar Manuel en sus cantares, tal vez se deba a que está más cerca de la comprensión del pueblo, ya que sus coplas son el más fiel espejo de éste. Si nos detenemos ahora a considerar el sentido filosófico del autor de *Alma*, veremos que desde sus comienzos ya aparece como lo más importante para él, que lo que más le interesa es adueñarse del momento actual, del que está pasando. Retener el instante que se va y no otro: ni ayer ni mañana: *hoy*. Pero claro que esta ansiedad continuada (como en Antonio) durante toda su obra producirá en él esta angustia que en vano podrá ocultar con una jovialidad y ligereza más aparente que real. Porque no hay que hacerse ilusiones, en su fondo íntimo este poeta es triste, y siente un cierto amargo escepticismo porque sabe que... Pero esto nos lo va a decir él mismo por soleares:

«La alegría...
consiste en tener salú
y la mollera vacía...»

¿Comprendes ahora —diría Mairena a sus discípulos— por qué los grandes hombres somos tan tristes?

Para terminar con estos ligeros comentarios, haremos notar que, cuando se acerca el fin de su vida, tanto en el uno como en el otro se ilumina, ya por última vez, esa zona de la infancia clara y pura de su Andalucía. Pero ya detrás de sus cansados párpados. En Antonio, en los días más tristes y nublados de febrero, en Collioure (Francia), escribió este único renglón, primero de una poesía, que ya no pudo terminar:

«*Estos días azules y este sol de la infancia.*»

Y en Manuel, al final de sus poesías, se ve cómo siente el presagio de que al llegar la hora de la cordura, le llegará, como a Don Quijote, también la hora postrera.

Mirad ahora su estado de espíritu cuando escribe este Hai-Kay:

«¡Ay de mí,
que ahora sí
que no soy
el que fui!»

Después de esto vendrá el último renglón de su obra poética. Son cuatro nada más las palabras que lo forman. Pero deberían ser grabadas en su mármol al pie de su nombre como el definitivo auto-retrato de Manuel Machado.

Dicen así:

«*ángel, sombra, gracia, aquel...*»

«*Converso con el nombre que siempre va conmigo quien habla solo espera hablar a Dios un día.*».»

SU VERDADERA RELIGIOSIDAD

Lo que le muestra al poeta el verdadero Dios, es la maravilla de la creación en el momento en que brota la chispa que ilumina ésta. Dios se manifiesta en brevísimo resplandor, que rara vez se da en la vida de los mortales. Y casi se podría decir que los poetas son, en cierto modo, los elegidos de este gran todo, que todo lo contiene y en el que está encerrado el destello revelador que le es concedido a los representantes más puros y de creadoras facultades. Los únicos que logran transmitirnos «*Unas pocas palabras verdaderas*». Palabras escuchadas en el silencio de la más íntima soledad a la que asoma Dios y a la que podría aplicarse las palabras que dicen:

«*Y aparece en la bendita soledad tu sombra.*»

Se ve en Antonio un deseo constante de una verdadera comunión con la naturaleza, en la que quisiera ahondar hasta la raíz: ¿Qué es lo que dice el río? ¿qué la piedra? En suma, ese deseo de saber inagotable que palpita en todos los filósofos de la humanidad entera. Parece ser que este gigantesco esfuerzo mental de los mejores cerebros está destinado a fracasar, pero es innegable que si no logran pisar las cimas, en el camino habrán conseguido verdades *más modestas;* muchísimo menos, claro está, de lo que su esfuerzo merecía. Creo que tal vez estos ejercicios de gimnasia cerebral son de una eficacia incalculable para el desarrollo de la inteligencia.

Nuestro poeta logra entrever cuando se encuentra ante la naturaleza, algo esencial a la luz de un instantáneo destello revelador. Late siempre an él la angustia que no puede menos de existir en tan alta tensión del espíritu, pero trabaja con esa profunda religiosidad que no ahorra el menor esfuerzo, dándose íntegro en alma y vida, en holocausto de una alta moral que tanta falta hace en el mundo en que vivimos. Si todos hicieran lo mismo no cabe duda de que una norma de tan suprema ética alcanzaría un radio infinitamente mayor en el mundo.

Recordemos a aquel pobre titiritero, que no sabiendo más que dar saltos y volatines y viendo la unción con que rezaban los monjes ante la Virgen en su convento, sintió el impetuoso deseo de hacer él también algo ante la santa imagen y le dedicó sus mejores saltos y acrobacias, poniendo tanto amor en su trabajo que cayó cansado y sudoroso en el suelo. La Virgen entonces, descendió del altar y con su pañuelo enjugó con sus manos la sudorosa frente del volatinero.

Con este sentido religioso, consciente en el poeta, se entrega Antonio con su ansia de alcanzar algo de la verdad inaccesible. Pero aunque seguro de no lograrlo, no por eso lo dejará de intentar. Y así, en este constante ir y venir suyo, conseguirá el más alto don que Dios parece concederle: el de no borrar de su corazón la palabra esperanza, de esencia divina en contraposición de aquellas otras palabras que son las más fatídicas, las más terriblemente desoladoras que jamás se hayan escrito en el mundo y que aparecen en la misma puerta del «Infierno» de la *Divina Comedia* «Lasciate ogni speranza voi che intrate» tan definitivas que ni el mismo Dante, con sus maravillosas descripciones de los más horrendos y escalofriantes suplicios, podrá superarlos en crueldad después. Se diría que empezó por el fin. Los poetas dicen las cosas más bellas, pero también, como en este caso, las más terribles. En esto parecen seguir a las leyes de la naturaleza; que lo mismo crea la lluvia que ayuda a la germinación de las plantas, que el huracán que las arranca de cuajo. ¡Y... ojo, sobre todo con el huracán!, como diría el guasón de Mairena.

Volviendo ahora a las constantes dudas y vacilaciones sobre el más allá del alma, parece darse por vencido cuando dice:

«*¡Ojos que a la luz se abrieron*
un día para, después
ciegos tornar a la tierra
hartos de mirar sin ver!»

Pero entonces surge, como una lucecita lejana, esta consoladora *esperanza* que le llevará también a proclamar la victoria del alma sobre el tiempo diciendo:

«El alma: El alma vence *(—¡la pobre cenicienta*
que en este siglo vano, cruel, empedernido,
por esos mundos vaga escuálida y
[hambrienta!—)
Al ángel de la muerte y al agua del olvido.»

Es de las pocas veces en que resueltamente afirma con palabras que parece inspirarle directamente el supremo Creador.

Así fue que Antonio buscó a Dios con Dios mismo y al que nunca pudieron convencer ni apologistas ni teólogos ni predicadores; que en otros casos logran eficacia (todo es cuestión de auditores) en un problema que es inútil tratar de resolver desde fuera, por ser tan de dentro y personal. Si a esto se añade el esfuerzo de toda su vida en encontrar a Dios en la naturaleza, veremos que es un verdadero ejemplo de religiosidad *activa* y que lo mismo en este aspecto, como en el de la poesía, deja abiertos caminos de infinita trascendencia para los demás.

Citaré, para terminar esta nota, algunas palabras sacadas de su poema «Profesión de Fe.»

«.....
yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad que fluye eternamente,
fluya en mi corazín. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!»

El camino para llegar a Dios —ya lo dice el poeta— es lograr crearlo en uno mismo, despertando al que llevamos ya en el fondo del alma. Pero para esto se precisa asomarse a la naturaleza del gran todo en que *El* palpita. Y hay que estar siempre alerta por aquello que ya dejó escrito en «Soledades»:

«*Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa.*»

Finalmente, anotemos también que Antonio, desde luego, prefiere el Jesús que anduvo en el mar, al enclavado en la cruz por los clavos de la impiedad.

«*No puedo cantar, ni quiero*
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar.»

OTROS ASPECTOS

Con relación a su sentido político, bien claro está manifestado a lo largo de toda su obra. Y aún lo estará más cuando se publiquen sus admirables artículos sobre política internacional, en el *Mirador de la Guerra de la Vanguardia de Barcelona.*

Es completamente inocente por no decir interesado, tratar de definir al poeta como de una izquierda perfectamente definida por otros, ni *muchísimo menos* intentar atraerlo para la derecha, de la que difiere totalmente.

Hay que tener siempre en cuenta que su manera auténtica de ser es de una altura moral insobornable y que naturalmente escapa a mezquinos intereses políticos.

Desde que tuvo uso de razón se afianzó en el sentimiento de la libertad, en grado tal, que sobrepasa en mucho al que puedan tener las gentes que se consideran más avanzadas. En cuanto a los sentidos dogmáticos y dictatoriales, etc., sería estúpido gastar ni una sola gota de tinta en rebatir influencias que jamás lograron pesar sobre él.

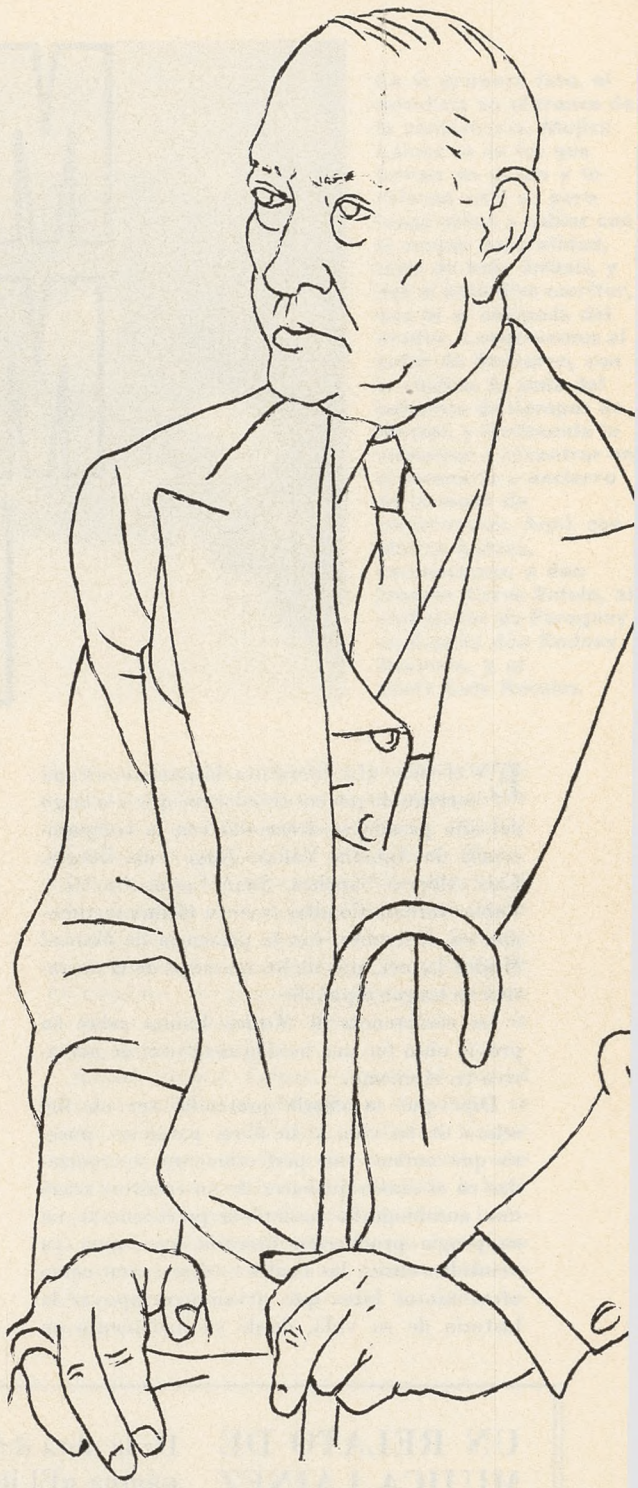
Antonio, que ha pasado toda su vida tratando de poner en su poesía el mayor grado que ha podido y que en todo ha procedido con la más verdadera religiosidad, también lo hizo en el sentido de la política (si es que aún se puede escribir esta palabra tan desacreditada).

Desde luego que me parece erróneo pensar y decir que el grupo del 98 —(y en este caso me refiero exclusivamente al poeta)— no se ocupaba de política. Cuando precisamente fue de los primeros que se volvieron en contra de la de aquella época, que culminó con la pérdida de las colonias (1898). Ya desde entonces venía militando con sus versos, augurando un porvenir de lucha por las libertades. De modo que, en realidad, esta ansiedad de su espíritu estaba ya latente en el fondo de su alma y cuando vino el momento, no hizo más que incorporarse a la lucha. Por esto se puso generosamente, y sin vacilaciones de ningún género, al lado del pueblo desde el primer momento. Pero entendámonos, es el pueblo el que se incorpora y se acerca *algo* a estos ideales del poeta que sobrepasan en mucho los suyos.

Pero ya consignado su verdadero y consciente sentir con los demás, hemos de decir que, no obstante, es inútil pensar que pueda ser incorporado, de una manera incondicional, en las huestes de nadie. Ya que Antonio es por esencia incasillable y solamente igual a sí mismo. Y es que tanto en la poesía como en religión y en política se esfuerza en caminar con la vista siempre puesta en el mayor grado de idealidad posible. En una palabra, procura tirar para arriba, en contraposición de tantos como tiran para abajo.

José MACHADO

ANTONIO Y MANUEL MACHADO VISTOS POR SU HERMANO JOSE



Los hermanos Machado con el actor don Ricardo Calvo. Aparecen también los poetas Angel Lázaro, Eduardo Marquina, Cristóbal de Castro y Luis Fernández Ardavín.